

Pero vosotros no os hagáis llamar maestros por la gente, porque todos sois hermanos y uno solo es vuestro Maestro. Mt, 23,8

EL PENSAMIENTO puede ser una brújula que nos oriente en el trabajo interior que hemos de hacer para encarnar el mensaje evangélico.

Cuando hacemos silencio, cuando oramos el Santo Nombre, habremos observado que en esos momentos es fácil que, como decía Moratíel, recibamos visitas...

Vienen muchas cosas a moverse, a hablar, cuando hacemos silencio. Algunas son solo ruido: imágenes inconexas, frases sueltas, ruido que no sirve para nada y que hay que dejar pasar.

Pero luego hay pensamientos que son fruto de nuestro vivir cotidiano que manifiestan claramente el cuerpo o la imagen de nuestro yo y cómo las situaciones que vivimos nos han impactado: "no he tendido la ropa", "no he hecho esto o aquello", "le tenía que haber dicho..." "fíjate lo que me ha dicho!"...

Estos pensamientos que hablan del pasado o del futuro, que tratan de emociones y de acciones (hacer, decir, sentir, tener, desear, rechazar, etc) y que surgen a veces como una reacción a la concentración en la oración, tienen una gran carga informativa sobre nosotros mismos. Nos dicen que estamos esclavizados al trabajo, a la responsabilidad, que sesgamos la realidad porque buscamos obtener nuestro interés, que sentimos animadversión hacia tal persona, que estamos demasiado pendientes de las relaciones, que estamos necesitados de mantener tal o cual sentido o imagen nuestro... Todos tenemos una experiencia clara de ello.

Es muy importante tomar consciencia puntual de estos pensamientos y de nuevo, regresar a la concentración orante lo antes posible, pero hay que guardar el pensamiento que hemos visto para, después, elaborarlo.

Por ejemplo: si tengo un pensamiento reiterativo sobre el trabajo, sobre mis responsabilidades, tal vez lo que ahí se está manifestando es una débil confianza en la Vida, en el sostén de Dios... entonces para relajar mi tensión, puedo ir al Evangelio y allí dónde Jesús me habla de confiar, de recibir o de descansar, escoger alguna frase que me resuene especialmente y orarla durante un tiempo. Y siempre que el pensamiento regrese, o que aparezca alguna otra inquietud relacionada, orar de nuevo ese fragmento u otro que hayamos encontrado apropiado en las Escrituras.

Porqué todo lo que pensamos contiene elementos de nuestra vida que necesitamos ver y transformar a la luz de la Palabra del Señor. Por lo tanto, es importante, no ver esas distracciones como algo inútil, sino acogerlas, darnos un tiempo para ver qué emoción contienen, para entender qué dificultad o necesidad se expresa en ellas y luego llevar eso a las Escrituras a fin de encontrar en ellas el remedio, la Palabra que transforma, completa o restaura. Y orarla. Porqué orar esos versículos genera en nosotros el hábito que nos falta, sana lo dañado o muestra la cara luminosa de la oscuridad que padecemos.

Podríamos pues terminar diciendo que en toda divagación hay una perla que solo puede ser desenterrada y lavada mediante la encarnación orante de la Palabra.